

# Boca de bosque

Fernanda Ballesteros

CRÓNICA

U nos ácidos le cambiaron la mirada hacia la hiedra. Antes la sentía opresiva, asfixiante, causa de muerte. Después, con el efecto de la droga, la vio brotar como una fuerza femenina apoderándose de la situación. La tristeza de ver ¿morir? un bosque mutó a admiración por las raíces adventicias de las araliáceas, por las hojas verdinegras, coriáceas, alas pecioladas, lustrosas: ángeles oscuros en espirales hacia arriba, hacia abajo.

Apenas me lo había contado L, en Barbizon, y camino a una fiesta de cumpleaños en otro pueblo, la moto se descompone; no en carretera gracias a los dioses de los campos, sino entre calles caseras. Caminamos, cascos en la mano, y nos topamos con una casa abandonada. No, abandonada, no: invadida por la hiedra.

Lo verde hasta las rodillas, atravesamos el jardín con pasos grandes. Sobre un colchón sucio, sin sábanas, veinticuatro agujas en una caja nos indican las primeras suposiciones del lugar. ¿Qué alma tuvo? ¿Qué alma queda? ¿Cuántas personas estuvieron aquí y qué hicieron? Puerta rota, ventanas rotas, una parte del techo destrozado, agujero celestial al segundo piso. Igual subimos las escaleras, papel tapiz de rosas. Las telarañas: babas petrificadas, blancas y grises, del techo al suelo. Reinado de arañas, la casa dejó de ser de un médico que vive en el distrito veinte de París. Encontramos sus datos personales en cartas, revistas, papeles administrativos, palabras ahogadas bajo polvo.

La fiesta no ha empezado en un jardín donde dos árboles diferentes se enroscan y terminan en uno, ensalada de hojas rojizas y verdes. L y yo tomamos unas bicicletas y, por callejuelas y casas de piedra, llegamos a un castillo. No sé qué hacen los dueños con el ala que ocuparon los nazis. Subimos por otra, donde posan cientos de disfraces de teatro atrapados en coberturas de plástico sucio, transparente. Un pasillo, largo, largo, expone habitaciones cerradas con objetos acumu-

PIROCROMIO

23

#27 Perestroika

lados, acomodados como sea, espacios repletos de masas que no son nada: las vemos por ventanas sin cortinas. Las otras ventanas, las que dan a uno de los patios internos, son circulares, hoyos de luz al eco de los pasos sobre madera vieja. En la última habitación, grande como la de los disfraces, o más amplia quizá, hay una cama y un taller de un escultor que hace meses no está. La ausencia humana es palpable; el silencio, engomado.

Bajamos a los jardines, a ver la escultura de dos pubertos carcomida por el musgo, a escuchar el hilo de agua en el lavatorio medieval, techo chaparero en forma de arco, mosaicos azules y blancos, donde las mujeres se limpiaban las axilas, las vaginas, mientras los hombres tenían conversaciones “serias” en la capilla a unos pasos de ellas. Para llegar o salir del aseo mujeril, un pasillo de arbustos recortados en cubos y pirámides representa el control burgués en las plantas para el beneficio de una sola familia en pleito por la herencia.

La herencia,  
la herencia,  
la herejía.

Los castillos son piedras de poder difíciles de repartir, de dejar ir. A los dueños no les gusta rentarlo porque se ve mal en su círculo aristocrático. ¡Qué falta de privacidad prestar pedazos de jardín por dinero! Patios extensos de hierba recortada por donde no pasean las martas con sus cuellos amarillos, placas verdes kilométricas con la intención de deleitar pupilas situadas dentro de los ventanales.

El camino a la estación de tren a pie consta de dos horas por el bosque. El frío entra bajo mi vestido. Unos viejos equipados de senderistas me saludan y me acuerdo de Olivier. Lo que más aprecia en el bosque de su abuela en Dordoña es no toparse con personas. A veces, después de horas de caminar solo –si la soledad se cataloga también entre miles y miles de seres vivos– se pone de mal humor si se cruza con su tío. Será porque después de sumergirse en otras especies, cuerpos, latidos, respiraciones milenarias, le irrita identificarse con el humano de su tío.

Antes Bosque de la Cerveza, Fontainebleau es un bosque de doscientos ochenta kilómetros cuadrados salvados por pintores de Barbizon del siglo XIX. La “protección del patrimonio estético” fue liderada por Théodore Rousseau en 1861, cuando se declararon algunos rincones con “objetivos artísticos” que continuaron defendiendo otros indi-

viduos, otras décadas. Se lo conté a X cuando caminábamos por este bosque, desde otro pueblo milenario, y hacíamos pipí para fortalecer nuestra relación con la arena y el elefante de piedra.

Aquí Víctor Hugo escribió: “Un árbol es un edificio, un bosque es una ciudad, y entre todos los bosques, el bosque de Fontainebleau es un monumento. Lo que los siglos han construido, los hombres no lo deben destruir”.

Siglos de árboles y almas viejas, vetustas y nacientes, la frase debería ser al revés: un edificio trata de ser un árbol, una ciudad sueña con la cohesión de un bosque, y París es una estatua que adorna el Sena.